

Ana María Vidal-Abarca

Premio Fundación Villacisneros

Conmocionados como estamos todavía hoy después del asalto terrorista del pasado viernes y 13 a la democracia occidental contra ciudadanos inocentes, absolutamente indefensos, ajenos a la amenaza del mal asesino que, alentado por el fanatismo más cruel y paradójico de todos, el religioso, siembra de terror todos los mapas de la humanidad, recordar a Ana María Vidal Abarca es una tarea fundamental y es también un deber moral. Ana es una mujer ejemplar para todos nosotros. Una mujer clave: ella ha conseguido, con su ejemplo, con perseverancia, con mucho esfuerzo, humanizar el significado público de las víctimas del terrorismo, y por consiguiente, sanear y fortalecer nuestra democracia.

No me gusta hablar de Ana M^a en pretérito, como si ya no estuviera con nosotros. Prefiero cerrar los ojos e imaginar a una mujer joven a la que yo ni siquiera conocí. Echar la vista atrás en el tiempo para encontrar a una mujer de profundas convicciones cristianas, inquieta, interrogante, inteligente. Muy comprometida con la política, activista, sin complejos. Ya fue candidata en las listas a las elecciones generales

de marzo de 1979; unas elecciones en las que las mujeres en España apenas representaban el 6% de las listas electorales. Ana M^a decidió sumar su nombre en la lista de la coalición Unión Foral del País Vasco. En Vitoria. En 1979. En el año en el que ETA asesina a 80 ciudadanos inocentes españoles. Una mujer joven, 40 años tendría entonces, madre de cuatro hijas, valiente, muy valiente. Casada con el comandante Jesús Velasco Zuazola, también jefe del Cuerpo de los Miñones de Álava.

No me cuesta nada cerrar los ojos y recordar el ambiente de aquellos años en el País Vasco. No está de más recordarlo. De San Sebastián, además del cielo gris y la lluvia incesante, recuerdo un silencio asfixiante. El miedo permanente en sus calles, barrios, escuelas, secuestradas por el nacionalismo más radical, el de ETA y sus cómplices, que invadía la estética de fachadas de piedra arenisca y marquesinas de autobuses y salpicaba con la sangre de los inocentes calles y plazas.

Recuerdo el fluir del discurso nacionalista en todas las instituciones, desde la Iglesia, pasando por la escuela hasta inundar los pasillos de la universidad, de centros culturales y juveniles, radios y periódicos.

Los de allí teníamos –tenemos- que ser nacionalistas para ser vascos auténticos.

En aquellos años, la mayoría de nosotros habíamos pasado cerca del lugar donde se había producido algún atentado. El único rastro que quedaba del asesinato era un triste párrafo en la página del diario local. Las víctimas eran jóvenes policías nacionales. O guardias civiles. O militares. Nadie hablaba del tema y si se hablaba era para decir frases del tipo “pero si hay muchos”, como escuché una de esas tardes raras de playa. Recuerdo que incluso se apagaba la radio cuando entrabas en un comercio cualquiera y sonaba la noticia, por poner otro ejemplo. Y por parte de las instituciones, del gobierno vasco, apenas una fría condena para salir del paso, mientras el obispo de San Sebastián se negaba a officiar los funerales de las víctimas, “que les recen en su pueblo” recuerdo un titular en la prensa de entonces. Lo importante para las instituciones entonces, con el gobierno vasco nacionalista a la cabeza, era que aquellas víctimas del terrorismo se esfumaran rápidamente, que no dejaran rastro. La vida seguía su curso como si nada hubiera sucedido.

Sus viudas, sus madres, sus hijos, abandonaban la mayoría el país vasco tras el féretro de su marido o de su padre, devorados por la tristeza y por el asco.

Me resulta fácil volver a aquellos años, cerrar los ojos y ver a una mujer extremadamente valiente como

Ana María, sufriendo por todo lo que sucedía a su alrededor, intentando contribuir a cambiar las cosas, afiliándose a Alianza Popular, llegando a ser vicepresidenta del recién creado partido en Álava. No es mujer de permanecer de brazos cruzados, de esperar que el tiempo o la propia naturaleza de las cosas solucionen los problemas. Es una mujer de acción. De decisión. De compromiso público.

Probablemente del temor a un atentado el matrimonio Velasco ya habría hablado. Probablemente ese temor era una presencia incómoda, muda, fría, a la que apenas prestaban atención en el día a día. Pero ETA elige bien a sus objetivos y el 10 de enero de 1980 asesina a Jesús Velasco, su marido, un hombre clave entonces para la organización de la policía autónoma vasca, recién aprobado el estatuto de Guernica. Un militar español, hijo de militar. ¿Cuántos de nosotros recordamos el relato escalofriante de este atentado? Conviene también recordar que las víctimas de ETA suman 858 asesinatos, más de tres mil heridos, decenas de secuestrados, extorsionados, miles de amenazados, de ciudadanos exiliados.

¿Qué hace una mujer como Ana María después del atentado y asesinato de su marido? No está en la naturaleza de Ana María el victimismo, esa arraigada

impostura en la que son expertos los nacionalistas. Se dará muy poco tiempo para reaccionar.

De cómo un atentado terrorista contra un ser querido transforma a una mujer apenas se ha hablado. De la soledad que le acompaña cuando entra en casa. De la mirada de sospecha y el vacío indecente con el que te envuelven muchos de tus vecinos en la calle, tampoco. Te miras en el mismo espejo de todos los días y no te reconoces.

Algo profundo ha cambiado dentro de ti, sabes que nada será igual que antes. Estás librando una batalla dentro de ti, la más difícil. Superar el odio, renunciar a la rabia. Solo tu mirada muestra ese combate interior. Tu mirada que se ha vuelto transparente y apenas te atreves a cruzar con los demás. Para que no vean dentro de ti ese dolor tan punzante, profundo, permanente, y al mismo tiempo, una extraña fuerza y una dureza que nunca antes habías sentido. Esa que te empuja a hacer las maletas y dejar atrás casa, familia, amigos. Ana María tomará a sus cuatro hijas y el mismo año del atentado contra su marido se instalará en Madrid por un motivo clarísimo: para que sus hijas vivan en paz, como manifiesta públicamente. Y una vez en Madrid, dedicará toda su vida a ayudar a los demás, a los cientos de mujeres que se habían visto solas, abandonadas a su suerte, después de un

atentado, sin protección ni ayuda por parte del estado, con el menosprecio de la sociedad ante la que tenían de alguna manera que demostrar su inocencia. Ana María no iba a permanecer cruzada de brazos y fundará la asociación de víctimas del terrorismo más importante de España. Esa España unida y fuerte en la que Ana ha creído siempre.

¿Qué exige una mujer como Ana María Vidal Abarca a su país, a su gobierno? Una mujer como ella, ejemplo de dignidad, generosa, entregada, honrada, valiente. Reclama algo tan elemental en una democracia como Justicia. Algo tan cabal en una sociedad moderna como Igualdad. Algo tan básico en cualquier comunidad como el Respeto. Algo tan de sentido común como Unidad a las fuerzas políticas para enfrentarse a los grandes problemas de estado como es el terrorismo. Lo repite hasta la saciedad. En familia, en cenas con amigas, en entrevistas, discursos. Ante el Rey y presidentes de gobierno, ministros.

Y ¿Qué le ha dado este país a Ana M^a? 40 años tienen que transcurrir en este país desde el primer atentado de ETA para que un gobierno español promueva la Ley de solidaridad con las víctimas del Terrorismo, en 1999.

Dos de los terroristas involucrados en el asesinato de Jesús Velasco no han cumplido condena, uno de ellos ni siquiera ha sido juzgado.

De los 858 asesinatos de Eta, quedan todavía hoy por resolver más de 314 casos, según da a conocer la Fundación de Víctimas del Terrorismo en diciembre de 2011.

España está en deuda con Ana M^a. Todos nosotros los estamos. Mientras exista un solo asesinato pendiente de juicio, una sola víctima del terrorismo sin resarcimiento, un terrorista sin cumplir condena, mientras el proyecto político de eta tenga representación en las instituciones españolas, mientras haya un solo representante político que defienda la ruptura de España, - no olvidemos que las víctimas de Eta lo son por defender España y su Constitución -, este país estará en deuda con Ana M^a. Con Ana M^a y con Begoña, Ana, Inés, Paloma, sus 4 hijas huérfanas, con tantos huérfanos como ha dejado el terrorismo de eta en este país.

Con Ana M^a hemos aprendido que defender la memoria y la dignidad de todas las víctimas del terrorismo significa fortalecer nuestra democracia. Defenderlas significa estar del lado de la inocencia frente al crimen, elegir el bien frente al mal. Significa construir una sociedad con vencedores y vencidos.

Significa construir un relato en el que los asesinos y sus cómplices ocupen el capítulo más oscuro de la historia de los criminales. Solo un final de eta digno para las víctimas del terrorismo aminorará la deuda que tenemos contigo, querida Ana M^a. No lo verás tú, probablemente tampoco tus hijas, pero seguro que podrán disfrutarlo tus nietos, y contarán a sus hijos quién fue su abuela con mucho orgullo y emoción.